

Al inaugurar su administración, llevó á la Secretaría del Despacho á D. Antonio Rodríguez Gil, uno de los liberales que se mostraba más exaltado é intransigente en Michoacán, nombramiento que en aquellos momentos significaba, además, que Caamaño buscaba su apoyo entre los hombres de la zona de Coeneo, constantes batalladores por la libertad: así era la verdad, pues D. Antonio Rodríguez Gil era nativo de Quiroga, la población más importante de aquella comarca.

En el ramo civil organizó, desde luego, la administración de justicia, disponiendo que no cesasen de actuar los jueces letrados y los alcaldes en los puntos no ocupados por el enemigo ó que éste evacuara; en el administrativo dictó disposiciones para moralizar y hacer efectiva la recaudación de los impuestos, y en el militar, con una energía sin ejemplo, restableció la disciplina, creó elementos de guerra y puso en alta fuerza la división de Michoacán. En cuanto á la seguridad pública, fué atendida eficazmente, haciéndose una activa persecución contra los bandidos, muchos de los cuales fueron fusilados y otros castigados con severo rigor. Dedicó especial cuidado á la selección de las guerrillas, protegiendo las que consideró útiles y retirando la autorización á los jefes de las que, por su conducta, le parecían perjudiciales.

Esta actitud del nuevo Gobernador era bien recibida por parte de los vecinos de los pueblos y de la generalidad de los que de cualquier modo dependían del Gobierno; pero disgustó á los jefes de guerrillas que quedaron sin mando y aun á muchos de los que ya no lo podían ejercer con la suma de facultades que antes. No faltaron algunos que se pusieron en abierta rebelión contra el Gobierno; si bien, hasta cierto punto, puede disculparseles, pues sabida como era la estrecha conexión entre Uraga y Caamaño, había el temor de que este jefe estuviese de acuerdo en las infames maquinaciones de aquél.

A agravar los males vino la política oscura y absorbente del Cuartel General que puso en circulación *forzoza é inmediata* la cantidad de cien mil pesos de papel sellado, derramándose este préstamo en los Estados de Jalisco, Colima y Michoacán; en este último, el contingente fué de treinta y cin-

co mil pesos, en la inteligencia de que el comisionado para hacer el cobro lo fué D. Juan Huerta Antón, amigo y confidente de Uraga.

Grande era este sacrificio para los pueblos que tenían que pagar periódicamente contribuciones demasiado fuertes; pero no parecía sino que el Cuartel General quería discontentarlos con los liberales que defendían la causa de la patria, y á confirmar este concepto vino también la ley de 24 de Mayo, por la que dispuso Uraga que todos los ramos de policía y administración económica fuesen encomendados á los comandantes militares, quedando suspensos los jefes políticos y ayuntamientos, y cesando los tribunales, debiendo conocer en materia penal los comandantes militares y *reservarse los expedientes civiles* para cuando se juzgara conveniente restablecer los tribunales. En virtud de esta determinación desaparecieron la administración de justicia y los ramos municipales, pues que los fondos de los ayuntamientos pasaban á las comisarías de guerra.

Tales disposiciones causaron un disgusto general, de que se aprovecharon los enemigos políticos de Caamaño en la tenaz y apasionada oposición que le hacían, suponiéndolo de acuerdo en todo con Uraga.

He dicho que Caamaño era muy joven cuando se encargó del Gobierno: agregaré ahora que era de un carácter dominador é irascible: así es que en su imaginación exageraba las dificultades de que lo rodeaban sus enemigos, y llegó á creer que tanto tenía que luchar con ellos en el terreno de las armas, como contra los imperialistas. En imbuirle estas ideas trabajaban de consuno su secretario Rodríguez Gil y algunas otras personas, siendo de advertir que de Morelia salía con frecuencia para ir á hablar con él cierta persona que estaba en las intrigas clericales y que llevaba por pretexto arreglar asuntos de contribuciones por fincas rústicas de varios hacendados que residían en aquella ciudad. La principal misión de aquel agente del imperio, era inspirar en Caamaño profunda desconfianza respecto de los liberales, y hacerle creer la impotencia á que estaba reducido el Sr. Juárez, huyendo por la frontera del Norte, en tanto que la intervención francesa y



el Gobierno establecido por ella estaban cada día más poderosos.

En estas circunstancias, el general Uraga llamó á Caamaño urgentemente á Zapotlán, á donde éste se dirigió el día 12 de Junio, dejando encargado del mando accidental al general Carlos Salazar, ya restablecido de las graves heridas que recibió en el ataque de Morelia.

En los pocos días que el denodado y entusiasta Salazar permaneció al frente del Gobierno, levantó la opinión pública é hizo renacer las esperanzas. He aquí un fragmento de una carta suya que con fecha 21 de Junio dirigió á Riva Palacio: "Yo, desesperado de la inacción en que yacíamos, hice una expedición amagando á Pátzcuaro, y me produjo el buen efecto de libertar la fuerza de Ario que iba á ser atacada por los traidores, y me he ido sobre ellos hasta tirotearse mi caballería en las calles de aquella ciudad, y los que guarneceían aquella plaza, en número de ochocientos, han llevado tal susto, que pidieron auxilio á Zires, quien se los mandó desde Zacapu. En fin, nos estamos reanimando. Entretanto, le recomiendo á vd. que trate al enemigo como nos trata. Nos han fusilado en Pátzcuaro á cuantos prisioneros nos han cogido, entre ellos á quince soldados rasos, á quienes sorprendieron en Ario. En Puruándiro han asesinado veintitrés personas, solamente por desafectas al imperio." Era verdad, y durante la guerra pudo notarse que mientras más *gananciosos* se creían los imperiales, más multiplicaban los cadalsos, y al contrario, se mostraban generosos cuando no las tenían todas consigo.

Uraga no solamente había llamado á su lado á Caamaño, sí que también ordenó á Riva Palacio que fuese á conferenciar con él, y de antemano se hallaba á su lado el Lic. José Linares, gobernador de Querétaro.

Antes de que Caamaño emprendiese su viaje á Zapotlán, hizo una expedición á Zitácuaro, y en sus conferencias con Riva Palacio aprobó la resolución de éste de no acudir al llamamiento del General en Jefe, de quien ya se sospechaba estuviese en connivencia con los enemigos de la patria. Caamaño, además, se lamentó de que por su situación especial respecto de Uraga se veía en la necesidad de ir al Cuartel General.

Así lo verificó á su regreso á Uruapan, llevando consigo á Rodríguez Gil y á algunos otros individuos que despachaban la secretaría.

Sobre los detalles de este viaje se hicieron muchas versiones, pues habiendo producido el resultado que más adelante verán los lectores, cada uno lo comentaba como mejor quería. La verdad es que los interesados, á quienes importó como actores, guardaron por entonces profunda reserva.

Voy ahora á referir lo que el mismo general Caamaño me confió el 6 de Abril de 1895, tres días antes de su muerte, una tarde en que estuve en su casa con el objeto de pedirle estos datos.

"Crea vd., me dijo, que marché á Zapotlán con entera repugnancia; pero no podía dejar de hacerlo, porque de Uraga recibí el nombramiento de gobernador y desde antes le estaba subalternado en el ejército. Vicente (Riva Palacio) había sido nombrado gobernador del 1.^o Distrito del Estado de México por el mismo Presidente de la República, y aunque sus tropas figuraban como formando parte del Ejército del Centro, la verdad es que, conforme á las instrucciones del Gobierno General, Vicente tenía más amplitud de facultades y mayor libertad de acción.

"Ya en camino, me encontré en Los Reyes con Pepe Linares, gobernador de Querétaro, y con el Lic. Romero, secretario de Uraga. El primero de esos señores tuvo conmigo una conferencia privada en la que me dijo que Uraga estaba ya en pláticas con el emperador y que pronto abandonaría el campo liberal, que el Lic. Romero iba á México á arreglar definitivamente este asunto, y que él (Linares), de acuerdo en todo con Uraga, iba también á someterse al imperio. Que todo esto era inevitable, supuesta la anarquía y el desorden que reinaba en el Ejército del Centro, dada la continuada serie de derrotas que sufrían las fuerzas republicanas en toda la extensión del país, y teniendo presente que el emperador, despreciando por completo las exigencias del clero, seguía una política liberal y progresista. Por último, trató de convencerme de que era imposible luchar contra el ejército francés, enseñoreado ya de todo el territorio.

BIBLIOTECA ALFONSO
RIVA PALACIO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

“Para nadie era un misterio que Uraga, desde hacía tiempo, venía preparando su defección; así es que las revelaciones de Linares nada nuevo me enseñaron ni influían en que yo suspendiera ó continuara mi viaje. Este estaba resuelto y lo seguí hasta Zapotlán. Linares, vista la reserva con que lo oí, debe haber enterado á Uraga de mi marcha; porque, como á unas dos leguas antes de llegar á aquella ciudad, vino éste á encontrarme, recibíendome con sumo cariño y distinciones. En ese día había cambiado de casa para darme su propio alojamiento, que hube de aceptar á repetidas instancias que me hizo. Tuvimos en la tarde una larga conferencia sobre asuntos de la campaña, en términos que me hicieron creer que Linares me había engañado, y que solamente para justificar su propia defección atribuía á Uraga los planes de que me habló. Al despedirme del General en Jefe, terminada que fué la conferencia, en voz casi imperceptible me dijo: “esté vd. pendiente de la hora en que le mande llamar.”

“Así lo hice, y me acosté muy tarde, siendo de advertir que la recámara que se me había destinado tenía ventanas que caían á la calle. Comenzaba á dormirme, cuando oí que llamaban muy suavemente á una de aquellas ventanas; me levanté á toda prisa y abrí. Era un ayudante de Uraga con orden de éste de que pasase inmediatamente á verlo, pero que fuera solo y sin que mis compañeros lo supieran. Así lo hice, vistiéndome y saliendo de la casa con mucho silencio. Ya en la de Uraga, me encontré á éste, también enteramente solo, y sin preámbulo de ninguna especie me confirmó cuanto me había referido Linares, agregando que éste llevaba instrucciones suyas para prepararme. Uraga me apremió para que le dijese si contaba conmigo, encareciéndome la necesidad de obrar en ese sentido si nosotros, militares de profesión, no queríamos convertirnos en capitanes de bandidos, y asegurándome que, si bien no le había sido posible arrastrar desde luego consigo á los jefes más distinguidos del Ejército del Centro, varios de ellos seguirían pronto su ejemplo (el de Uraga), y en cuanto al ejército mismo, no tardaría en disolverse, pues estaba ya del todo minado.

“Tan terribles revelaciones me parecieron verídicas; pero

no quise comprometerme. Dije á Uraga que el asunto era serio, y que le pedía unos dos ó tres días para resolverle. Entonces el general se puso á meditar unos momentos, y luego, hablando con la viveza y el imperio que acostumbraba, me dijo: “Está bien, para que reflexione vd. con más libertad, váyase inmediatamente á Colima y regrese en el acto. La soledad del camino será su mejor consejero.”

“Me despedí de él; la conferencia había durado más de dos horas, y era ya la madrugada cuando llegué á mi alojamiento. Desperté á mis compañeros, mandé ensillar, y poco rato después caminábamos rumbo á Colima.

“En los pocos días que duró la expedición comuniqué á mi secretario y á alguna otra persona que me acompañaba, cuanto había pasado. Desde luego, la opinión de Rodríguez Gil fué que yo contestara á Uraga estar de acuerdo con él, por lo que volvería á Uruapan con el objeto de llevarme la división é incorporarme con ella al ejército de Márquez; que Uraga, confiado en mi promesa, haría su marcha directa á León sin tocar al Estado de Michoacán, ó al menos dejando muy lejos á Uruapan, y sucedido esto, los nuevos acontecimientos marcarían mi conducta, en el concepto de que él (Rodríguez Gil) creía que en Michoacán, y contando con los guerrilleros oriundos de aquel suelo, podríamos seguir luchando contra la intervención.

“La otra persona que me acompañaba y que no quiero ni nombrar, no abrió sus labios en presencia de Rodríguez; pero cuando éste nos dejaba solos, se empeñaba en que cesase yo en mi afán de lucha, que no era posible la resistencia contra el ejército francés, tan numeroso, que bastaba á ocupar militarmente todo el país, y cuanto yo hiciera se tornaría en mi daño, pues que en la facción juarista todo era falsedad, ambición, intrigas: que el verdadero patriotismo, en fin, consistía, en aquellos días, en hacerse imperialista y esperar el tiempo oportuno para restablecer la República.

“Confieso que sentía yo fiebre de tanto meditar en este asunto y que no me resolvía á tomar una resolución decisiva.

“En Colima hablé con D. Julio García, á quien también hallé en una situación de ánimo nada tranquila. Y como era

BIBLIOTECA ALFONSO
PURI HERRERA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

fuerza regresar á Zapotlán, al fin adopté la opinión de Rodríguez Gil, y en este sentido hablé con Uraga y quedamos convenidos.

“Antes de concluir, debo decir á vd. que los sucesos me revelaron que Rodríguez Gil era uno de los que ambicionaban el Gobierno de Michoacán, y que en Morelia supe que la otra persona de que he hecho referencia era un agente que el imperio tenía á mi lado.

“Después regresé á Uruapan; y cuando menos esperaba, un día llegó allí Uraga y precipitó los acontecimientos que vd. y todos presenciaron.”

Al concluir esta relación, Caamaño se hallaba profundamente emocionado: sus ojos estaban húmedos y pálido el color de su semblante.

—Señor, le dije, cuanto vd. me acaba de referir atenúa mucho su falta.....

—No, Licenciado, me contestó, eso no fué una falta, ¡fué un crimen!

—Un crimen que su conducta posterior ha disculpado.

—Tampoco, amigo mío; ese crimen sólo pudo haberse borrado, volviendo al campo de la lucha á pelear como soldado raso. Lo solicité, pero nadie entonces creyó en mi arrepentimiento. Tuve que devorar á solas mi vergüenza.

Acababa ya la tarde cuando me despedí del general Caamaño. A los tres días supe que había muerto repentinamente.

La orden de Uraga á Caamaño para que hiciese un viaje á Colima mientras reflexionaba sobre las propuestas que le había hecho, no obedecía más que al deseo de aislar al jefe de la división de Michoacán, respecto de los demás generales del Ejército del Centro residentes en Zapotlán ó en las poblaciones de aquella zona. Uraga no contaba con éstos, y temía que Caamaño se comprometiese con ellos y desbaratase sus planes.

Entre los jefes descontentos de Uraga, figuraba en primer

término el patriota y demócrata de corazón general D. José María Arteaga, quien observando la política vacilante y tortuosa de aquél, acabó por desconocer la autoridad de Uraga y de su segundo en jefe general Miguel M. Echeagaray. Dos veces dió orden Uraga para que Arteaga entregase el mando al general Neri, y las dos veces fué desobedecido. Furioso el General en Jefe, envió al general D. Tomás O'Horán con una brigada y á Neri con otra, para que por la fuerza hiciesen que Arteaga obedeciera; pero éste se retiró á Tecolotlán, en donde el 18 de Junio él y sus subalternos expidieron un manifiesto declarando traidor á Uraga, y exponiendo en él que si no habían esperado en Sayula á O'Horán y Neri, había sido por evitar un derramamiento de sangre entre tropas que seguían la misma bandera.

La actitud de Arteaga abrió los ojos de los demás jefes, y Uraga comprendió entonces que nada podría esperar de éstos y que le era imposible hacer defezionar al Ejército. Entonces afectó en público creer que el descontento era contra su persona, por su carácter violento y por su celo exagerado por la disciplina. Dijo que no quería ser obstáculo en aquellas circunstancias para que el ejército caminase en la senda del deber, y dió orden á Echeagaray de que reuniese en Sayula á los generales de las divisiones y brigadas, y á los jefes de los cuerpos, enterándolos de la resolución tomada por el General en Jefe de resignar el mando, y previniéndoles que en votación secreta nombrasen al que debía substituirlo. La votación roló entre el mismo Echeagaray y el general Tapia, pero la mayoría se decidió por el primero, puesto que el mando le correspondía conforme á la Ordenanza. Uraga, el día 21, confirmó el nombramiento, y en la comunicación respectiva, haciendo alusión á su persona, decía: “Quiero, pues, como último sacrificio á este pobre país, separarme del mando, quitar el pretexto de discordia y enseñar con la conducta que voy á tener después, cómo concluye el hombre que tiene el sentimiento de amor á su país, y lo que es un ciudadano que estima en mucho su propio honor.”

Causaría indignación este lenguaje si no fuera el que empleaban los militares del antiguo ejército que no tenían creen-

cias políticas, y que lo mismo servían y traicionaban á la causa liberal que á la del partido contrario. Uraga nunca fué republicano sincero, ni menos firme en sus principios.

Después de estos sucesos, Uraga se manifestó en público vacilante sobre si iría á presentarse al Sr. Juárez, ó si retirándose á la vida privada, marcharía al extranjero. Repentinamente se le vió tomar la dirección de Uruapan.

Arteaga y los suyos tampoco reconocieron á Echeagaray, de cuyo patriotismo y lealtad desconfiaban, y de esta opinión participó, sin duda, el Presidente Juárez, puesto que por decreto de 1º de Julio determinó que se encargase del mando del Ejército republicano del Centro el general D. José María Arteaga, revistiéndolo de facultades omnímodas en los Estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Colima, Querétaro y los Distritos primero y tercero del Estado de México, que constituyeron, desde entonces, la extensa demarcación del Cuartel General de aquel Cuerpo de Ejército. Arteaga tomó posesión de su encargo el 21 de Julio.

¡La traición se había alejado del campo republicano!

CAPITULO XIII.

(1864)

Cinismo de Uraga.—Continúan las intrigas de los clericales.—Campana sobre Zitácuaro.—Muerte de Elizondo.—Combate del 5 de Julio.—Albricias.—El primer canje.—Riva Palacio es ascendido á general de brigada.

No es aún tiempo de abandonar á Uraga, pues este jefe, convertido en agente del imperio, se multiplicaba escribiendo cartas, no solamente á sus subalternos, sino á otros generales republicanos que obraban en lugares remotos de la residencia de aquél. A todos quería inculcar la idea de que en el campo liberal no quedaban ya más que hordas de bandidos, en tanto que las fuerzas intervencionistas ocupaban el país entero con beneplácito de sus habitantes. Uraga se creía hombre de influencia decisiva entre los jefes del ejército republicano; pero pronto tuvo el desengaño de ver desvanecidas sus ilusiones.

Bueno es decir que no se atrevió á invitar para que lo acompañase en su defección al coronel Riva Palacio; al contrario, respetando su patriotismo, y acaso también por el cariño que había profesado á la familia de este patricio, le escribió desde Zapotlán, con fecha 18 de Junio, lo siguiente: "Querido Vicente:—He recibido su carta de fecha 4 del corriente y por ella veo con satisfacción el aumento que está haciendo de su fuerza, el buen orden en que se encuentra y las esperanzas que tiene de hacer con ella algo de provecho.—Mi situación por aquí es la continuación de la guerra que sabe usted siempre me ha hecho la canalla á quien he procurado refrenar y entonces apela á lo de siempre, que trato con

Michoacán.—11

BIBLIOTECA ALFONSO
RIVA PALACIO
C. A. R. P.